

Una historia sencilla

Juan José Millás

Risa en la oscuridad, la novela de Nabokov, empieza de este modo: “Érase una vez un hombre que se llamaba Albinus y vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Pero un día abandonó a su esposa por causa de una amante joven; amó, no fue amado y su vida acabó en el desastre. Esta es toda la historia y en eso podríamos haberla dejado de no reportarnos provecho y placer el relatarla; y aunque hay suficiente espacio en una lápida para verter, sintetizada y encuadrada en musgo, la glosa de la vida de un hombre, a todo el mundo le gusta conocer los pormenores”.

Aquí termina la cita y en este punto comienza aparentemente la novela. Cuando terminé de leer *Una historia sencilla*, el libro de Leila Guerriero que nos ha reunido esta tarde, me vino a la memoria este primer párrafo de la novela de Nabokov. Me pareció en su día una excelente declaración de principios que ahora cobraba vida de nuevo. La historia de Rodolfo González Alcántara, el personaje real de *Una historia sencilla*, cabría también en una lápida encuadrada en musgo, pero a ustedes y a mí nos gustan los detalles y Leila se dedica a los detalles. Los trabaja con curiosidad, con extrañeza, con el desconcierto propio del que no entiende nada. El resultado es siempre un milagro, créanme.

El libro de Guerriero empieza de este modo: “Esta es la historia de un hombre que participó en una competencia de baile”.

Punto.

“Esta es la historia de un hombre que participó en una competencia de baile”. Debajo de la frase hay unos asteriscos, que la autora utiliza habitualmente a modo de elipsis, y debajo de los asteriscos comienza una descripción de la ciudad argentina de Laborde, el escenario de su reportaje. Dice de ella que tiene seis mil habitantes; que goza de una prosperidad que se refleja en pueblos que parecen salidos de la imaginación de un niño ordenado o psicótico; que es una más de las miles de ciudades del interior cuyo nombre no resulta familiar al resto de los habitantes del país. Leila aborda el relato como una niña ordenada o psicótica. Es tal la tensión de su escritura que, a veces, leyéndola, entran en suspensión los automatismos corporales y descubres de pronto que llevas sin parpadear o sin respirar más tiempo del debido.

Al poco de terminar la lectura de *Una historia sencilla*, cayó en mis manos *El Giro*, un curioso libro de Stephen Greenblatt, en cuyo prólogo el autor cuenta que lo que le atrajo de la primera lectura de *De rerum natura*, el conocido poema de Lucrecio, fue “algo que estaba y se movía dentro de las frases”. Algo que estaba y se movía dentro de las frases. Imaginé una rata encerrada dentro de una oración gramatical, yendo enloquecida del sujeto al complemento circunstancial sin hallar la salida. Olvídense de la rata, les tengo un apego que nadie comparte. Piensen en un niño asustado, no sé, en un caracol ansioso, en una mosca ciega, en un fantasma, un fantasma agitándose en el interior de una frase como una idea obsesiva dentro de una cabeza. Eso es, me dije, tal es el secreto de la buena escritura: que dentro de cada frase esté sucediendo algo. Consiste en que la frase, al tiempo de decirnos algo acerca de la peripecia que se nos está narrando, nos diga también algo de sí misma. Algo terrible está y se mueve siempre en el interior de las frases de Leila Guerriero. Su lectura atraviesa el territorio de la mente provocando también efectos de carácter sinestésico. No es raro que, leyéndola, uno huelga los sonidos, escuche los olores o mastique las palabras. ¿Por qué? Porque algo se agita en el interior de cada una de sus frases.

Y bien, *Una historia sencilla* es un reportaje sobre un suceso mínimo, que ocurre una vez al año en una ciudad perdida en medio de la Pampa. Allí acuden un grupo de personas que compiten por ganar el premio al mejor malambo. El malambo, dice Leila, es un baile de orígenes confusos, ligado a la figura del gaucho, donde el actor compone “una serie de figuras o mudanzas de zapateo”. Entiendo yo que se trata de una especie de claqué sin domesticar, salvaje, por el que se fuerza al cuerpo, por naturaleza asimétrico, a realizar una serie de ejercicios dolorosamente simétricos. Una de las mitades del bailarín actúa como espejo de la otra mitad. El zapateado empieza de un modo suave, aunque rotundo, firme, y va subiendo en intensidad hasta convertir al artista, poseído por un éxtasis cinético, en una especie de bacante. Ningún malambo dura más de cinco minutos, no habría cuerpo que lo aguantara. Cuando termina su actuación, el bailarín regresa al camerino, exhausto, como si hubiera follado con Luzbel. Dice Leila que el campeón, “en el momento de recibir su corona es aniquilado”. En efecto, el premio lleva consigo el compromiso tácito de no volver a competir jamás en ningún torneo.

Guerriero descubrió un día entre sus recortes de prensa una nota del suplemento de espectáculos del diario *La Nación*.

Llevaba guardándola desde hacía meses, quizá años. Jamás había oído hablar de Laborde, pero he aquí que la releo y ya no puede dejar de pensar. ¿En qué?, se pregunta a sí misma: En ir a ver, supongo, se contesta. ¿Qué tenía esa nota?, me pregunto yo. Quizá lo que Barthes, para referirse a la fotografía, llama el punctum, “ese azar, en palabras tuyas, que a veces me hiera”. A menudo, añade Barthes, es solo un detalle. Personalmente, pienso en el punctum como en algo que proporciona extrañamiento, un sentimiento semejante al de lo siniestro según Freud: aquello que resulta familiar y ajeno a la vez. Algo muy familiar y muy ajeno, quiero pensar, debía de haber en aquella nota del suplemento de espectáculos de La Nación. Un punctum, una flecha que tocó el corazón o la cabeza de Leila, que en enero de 2011 viajó a Laborde con la idea de escribir una crónica para quedar atrapada en la localidad como una loca dentro de una frase. El secuestro se completaría cuando conoce a Rodolfo González Alcántara, uno de los concursantes, y se queda deslumbrada con su personalidad. A partir de ahí comienza un viaje cuyo destino incierto preocupa a la reportera y a Rodolfo. ¿Hay historia si no gana? Eso por un lado. Por otro, conviene tener también en cuenta el Principio de Incertidumbre, según el cual la mirada del observador modifica el comportamiento de lo observado.

“Es miércoles por la mañana”, dice Leila, “y padezco un fuerte efecto residual del pensamiento que tuve el martes en la ruta: me pregunto si no resultará perturbador para Rodolfo tener a una periodista siguiéndole los pasos. Si, en esa atmósfera controlada con que se rodea a cada aspirante antes de la competencia, no seré el equivalente a una bacteria enorme y tóxica. Una presión. Después de todo, ¿Rodolfo sabe que su historia vale igual si no sale campeón? Pero ¿su historia vale igual si no sale campeón?”. He ahí lo que decíamos del viaje incierto. ¿Vale igual? ¿Resulta sensato emplear dos o tres años de tu vida en acumular un material que quizá no conduzca a ningún sitio? ¿Vale la pena esa especie de viaje a las hormigas?

Es que, leyendo este libro, recordé también *El viaje a las hormigas* de Edmund O. Wilson. Cuando todo el mundo se estaba ocupando de lo grande, él decidió viajar a lo pequeño, casi a lo vulgar, pues las hormigas, además de abundar, son gratis. Y de ese viaje saldría aquel libro fabuloso. Más tarde, en su autobiografía, Wilson contaría que se dedicó a las hormigas porque en su época eran, desde el punto de vista entomológico, la última frontera. La historia de Laborde, del Malambo, de Rodolfo González

Alcántara, es en cierto modo, un viaje a una frontera que, si no es la última, está muy alejada de los intereses del lector convencional. Por eso, le decía yo a Leila en un correo que le puse tras cerrar su libro, se advertía en él un fabuloso proyecto de desactualización. Desactualizarse para estar absolutamente al día. Tan al día, por ejemplo, que cuando Leila se despide de Rodolfo tras su primer encuentro, dice de él: “Tenía claro que la historia de Rodolfo era la historia de un hombre en el que se había agitado el más peligroso de los sentimientos: la esperanza”.

Algo se agita también dentro de esta frase. Dentro de todas y cada una de las frases del libro. Algo se agita en el interior del libro. Les diré qué es: la actitud. Verán, cuando Leila entrevista a Fernando Castro, el preparador de Rodolfo, éste le cuenta cómo logró ganar una de las ediciones anteriores del concurso teniéndolo casi todo en contra. “Cuando me presenté acá”, dice, “tenía que luchar contra esta cara de changuito. Era nuevo, nadie daba un centavo por mí, era petiso. Pero estaba muy preparado, me preparé solo no más. Me inventé un método. Salía a correr y pensaba en el malambo. Corría con actitud, caminaba con actitud. Me bañaba con actitud...”.

La actitud, he ahí el secreto. Leila Guerriero escribe con actitud. Sabe, creo yo, que no practica un gran arte, que su trabajo se parece más al del obrero manual que al del artista. Si el rapto de genialidad llega en el transcurso del trabajo, se habrá debido a la actitud. Si este libro, como casi todo lo que hace esta mujer, es maravilloso, se debe a que está concebido y escrito desde la actitud. Muchas gracias, Leila, mi enhorabuena a Anagrama y gracias también a ustedes por su paciencia.

Presentación de “Una historia sencilla”
en Casa de América de Madrid
24 de octubre de 2013